

la fe, pero imposibles en el progreso de los futuros tiempos cuando la ciencia y la religion se habian ya separado merced á los filósofos griegos, las pretensiones hebraicas á una primacía religiosa inaceptable para el resto de los mortales, toda esa parte accidental del Judaismo se desplomaba por su propio peso, exhalando de sí la idea verdaderamente esencial, necesaria para lo porvenir, la idea de Dios y de su Providencia. Hé ahí la obra capitalísima de San Pablo; comprender esta grande necesidad moral y realizarla con tan admirable constancia. Para ello contaba con dos poderes incontrastables, con el poder de su fe y con el poder de su voluntad, ambas de una virtud indecible. Esta fe le llevó á los extremos mayores de intolerancia, mientras profesó una religion intolerante, y á los extremos mayores de caridad, cuando profesó una religion caritativa. Fariseo por su educacion y por sus convicciones, participó de la inmolation de Estéban y aprobó el suplicio de Cristo; pero en aquellos tiempos en que los vientos de las nuevas ideas se desencadenaban por todas partes y en que el tránsito de una edad á otra edad histórica se imponia con tanto imperio, un hombre, como Pablo, no estaba llamado, no, á quedarse inerte al pié de los viejos y frios altares, donde se habia extinguido la fe. Su alma vino á combatir en la tierra y á volar por el cielo. En medio de aquella Jerusalem, agitada por tantas y tantas sectas, cuando todos los ánimos suspiraban por las nuevas ideas, cuando esta conmocion poseia todos los espíritus, este hombre tan grande debia sentir en su seno y condensar en su conciencia el nuevo genio de la humanidad.

Los primeros apóstoles no se habian separado del Judaismo. Cristo era para ellos el Mesías, del dolor sí, pero el Mesías prometido al pueblo predilecto de Dios. Por consecuencia, no tenian que alterar en nada las leyes antiguas ni que faltar por nada á los antiguos ritos. Estéban queria otra cosa; queria hacer de Cristo, no el Mesías reservado á un pueblo, el arquetipo sublime de Platon, el Verbo de los alexandrinios, la palabra mediante cuya virtud produjera Dios todo el Universo. No tenia este mismo carácter metafísico la doctrina de Pablo; demasiado judío para comprender la divinidad de esa suerte, y demasiado práctico para elevarse á las cimas de semejante abstraccion, trataba de algo mas positivo, de difundir el nuevo ideal entre el mayor número posible de gentes diversas. Necesitaba, pues, aquella ardiente alma

crear y combatir. Y necesitando esto, encontrábase en el período por excelencia de los combates espirituales, período en que las ideas, á manera de esos ángeles apocalípticos, los cuales blanden y esgrimen espadas de fuego en los aires, combatian unas con otras en guerras sin cuento, sin término y sin tregua. La conquista romana abrió las vías al comercio y el comercio universal abrió las vías á las ideas. Abundaban las escuelas en Alejandría, las sectas en Palestina y en Siria.

Un alma exaltada, como la de Pablo, crecia en exaltacion por virtud de aquellas circunstancias. Iba, pues, cuando era aun fariseo, camino de Damasco en brioso caballo. El corazon apasionado le latia con fuerza y la mente arrebatada le abrasaba la sangre toda como un voraz incendio. A semejante estado moral agregábase el ardor de la naturaleza. Era el medio dia de una de esas mañanas tempestuosas de estío en que arden cielo y tierra. El suelo reverberaba los rayos solares como una plancha metálica y producía el calor de un horno inmenso; el horizonte, despejado á intervalos y á intervalos cubierto de nubes tonantes, aumentaba el calor natural del dia con el relampagueo continuo de la tempestad; mezclábase al trueno del cielo el soplo abrasador de un aire cálido, despedido por el desierto, á los estruendos de la atmósfera y á sus fragores el aullido de las fieras que corrian espantadas en busca de sus cavernas y el chirrido de las cigarras que acompañaba con acompañamiento unísono y melancólico las discordes voces de la tormenta; en medio de estas reverberaciones y al eco de esta música dibujábase, entre los reflejos de la luz oriental y el culebreo de las centellas eléctricas, Damasco, la ciudad asiática, con sus muros de color rojizo, con sus casas blancas semejantes á aljibes por cuyos costados sombrean los oscuros y gallardos palmerales, con sus innumerables torres; cuadro maravilloso realzado por espejismos sin término, sobre todo si brillaba con sus mil colores ante ojos enardecidos por la fiebre, y que debian poner allí, en aquellos iris de tantos múltiples matices, las visiones fantásticas y los ensueños indecisos de una imaginacion tempestuosa y de un alma sobrecitada por los combates del pensamiento y por la guerra incruenta, pero horrible, que empeñaban las contradicciones de la vida en lo interior de la conciencia. Nada tiene pues de extraño que el caballo de Pablo se espantara como ha querido la tradicion; que el jinete cayera

aterrado como lo pintan á una tantos cuadros piadosos; que el sacudimiento de la caída en el cerebro, ya encendido, y el culebreo de la electricidad en los nervios, ya vibrantes, aglomeraran la sangre á la cabeza; y cegando los ojos de carne para quitarle la vista de un momento, le abrieran los ojos del alma súbitamente á la doctrina, que se despertaba poco á poco en el espíritu de la humanidad y que poco á poco debía apoderarse de esas grandes almas destinadas á formar las cimas espirituales mas altas del planeta y á iluminar los senos mas apartados y mas recónditos del tiempo.

Un judío helenizante condujo al fariseo á casa del jefe de aquella secta, donde le prodigaron todos los cuidados pedidos por la insolacion de su cerebro y por la ceguera de sus ojos; y le abrieron la vista del cuerpo á la luz y la vista del espíritu al Cristianismo. Desde aquella hora, este hombre fortísimo, este combatiente sin igual á quien la leyenda pinta con una espada en las manos, signo de su vida, corre de nacion en nacion, de gente en gente, de las regiones orientales á las regiones occidentales de Europa; y se embarca en los puertos fenicios, no para buscar el vellocino de oro en las competencias del comercio, sino para buscar la fe del sentimiento en los abismos del alma; y sube á los desfiladeros de Macedonia, armando á aquellos fuertes montañeses, cuyas legiones han seguido á Alejandro y han sojuzgado la tierra, para que esgriman, como las armas materiales de la conquista, las armas espirituales de la nueva fe; y predica cerca del sitio, donde ha muerto Sócrates y hablado Platon, allí, en la tierra que el Cefiso riega y el Hiblea sombrea, en las llanuras donde vibran los plátanos de la Academia, doctrinas sublimes sobre la grandeza de Dios; y entra en la antigua Antioquía, llevándose tras sí las gentes con el ardor de su palabra y reuniéndolas en asociaciones piadosas con su genio de organizacion y de disciplina; y amenaza el culto de Apolo en aquella Frigia, que lo ha elevado al Olimpo, y el culto de Diana en aquella Efeso, que la ha visto brillar en los cielos serenos; y desde Palestina á España, desde Jerusalem á Roma, deja las huellas inextinguibles de su pensamiento, ora por medio de sus propios discursos y de sus propios trabajos, ora por medio de los discursos y de los trabajos de los discípulos, á quienes instruye: inmensa obra, solo asequible á una inspiracion de profeta, á una conciencia de cenobita, á un natural de apóstol, á

una complexion de mártir, á un conjunto de vocaciones, las cuales pueden sufrir las llamas de las ideas en el alma sin consumirse y las inclemencias de los elementos en el cuerpo sin quebrantarse, pues solo por ellas, por semejantes vocaciones se explican los viajes al acaso como el vuelo de las aves del aire, las penitencias y las maceraciones sin tasa, los naufragios repetidos, el sufrimiento de las pedreas é injurias en las ciudades mas populosas sin queja alguna y sin reconvencion manifiesta, la vida en las porfías del combate, la muerte gloriosa en los altares del sacrificio, la abnegacion por norma de todas las acciones y el martirio por término de todos los trabajos.

Pablo espiritualizaba el Judaismo y abria su seno, antes cerrado, á todas las gentes; abrogaba la circuncision, y pedia para el ingreso en la nueva Iglesia la iniciacion espiritual del bautismo. Los judeo-cristianos no podian perdonarle, en verdad, esta alteracion profunda en la doctrina por Pedro admitida, la cual consagraba en Cristo al Mesías de los judíos y en el Cristianismo el cumplimiento de la ley antigua, á cuyos artículos no puede quitarse ni siquiera una jota. La nueva doctrina en su nacimiento y la nueva escuela en sus partidos dividíanse, como pueden dividirse los Congresos modernos, en derecha, centro é izquierda. La derecha estaba representada por el apóstol Santiago, el mas judío de todos los cristianos; la izquierda estaba representada por el apóstol San Pablo, el mas heleno de todos los judíos; y el centro estaba representado por el apóstol San Pedro, el cual tenia ya ese temperamento de conciliacion y ese gran sentido de práctica, cuyos efectos dan al fin y al cabo la autoridad y el poder. Siendo, pues, Pablo la extrema izquierda, debia combatir con Pedro y con Santiago en combate porfiadísimo y sin tregua. De ello tenemos una prueba, que las actas de los apóstoles nos dan y las epístolas de Pablo nos confirman, en el segundo viaje de este apóstol á la ciudad de Antioquía. La guerra estaba ya declarada. Pablo pasaba por el apóstol de los incircuncisos; Pedro pasaba por el apóstol de los circuncisos. Al ver los viajes de Pablo por Europa, evangelizando á los gentiles, emprende á su vez por Siria largos viajes Pedro, evangelizando tambien á los judíos. Pero la doctrina de Pedro doctrina era de conservacion, mientras la doctrina de Pablo doctrina era de progreso. Pedro ponía la Sinagoga sobre la Iglesia; Pablo ponía la Iglesia sobre la Sinagoga. En la sazon del segun-

do viaje de este á Antioquía, Pedro dejó la direccion de la Iglesia de Jerusalem á Santiago, el mas violento, como hemos dicho, de todos los cristianos judaizantes. Pasó Pablo por Jerusalem y se detuvo pocos dias, apenándose mucho su corazon al ver la inercia con que sus correligionarios se quedaban adheridos á la antigua doctrina y quejándose amargamente sus labios por que Santiago adujese su parentesco material con Cristo para detener en su vuelo á lo infinito la doctrina espiritual de Cristo. Y presentaba, en frente de la intolerancia judía, su amplísimo espíritu de conciliacion y el número de sus sectarios. Indignados los judaizantes de estas ideas enviaron una mision á Antioquía, para contrastar las predicaciones de San Pablo. Y esta mision hubiera armado allí grandes guerras espirituales sin la actividad con que el apóstol de las gentes le atajó el camino, y sin la dulzura con que Lucas, partidario de Santiago, y Timoteo, partidario de Pablo, amortiguaron los golpes y pusieron paz entre los ánimos enemistados. Pablo, en la ciudad de Antioquía, se captó las gentes con los prodigios de su elocuencia; y Santiago, en quien la edad avanzadísima recrudecía la natural intolerancia, movió á Pedro á que tambien se presentase en la ciudad casi helenizada por el judío helénico. El temperamento de Pedro se revelaba siempre como un temperamento conciliador, y su autoridad espiritual y su jefatura eclesiástica derivábanse naturalmente de este supremo arte con que sabia armonizar las oposiciones mas radicales y reunir los partidos mas contrarios. Así abrazó á Pablo con efusion y sentóse á la mesa de los helenos con verdadera caridad. Pero Santiago, irritable como todos los intolerantes, tomó á debilidad de Pedro, lo que era en Pedro profunda y suprema prudencia; y envió emisarios con cartas de la Iglesia de Jerusalem, pretendiendo que solamente los portadores de estas cartas, de las cuales carecia Pablo, tenian derecho á predicar la doctrina de Cristo. El apóstol de las gentes contestaba á la empedernida intolerancia de los judaizantes, enseñando las Iglesias por él establecidas; y Santiago le respondia que mal cuadraba un apostolado de ese género al fariseo enemigo de los nuevos creyentes cuya tosca mirada no habia visto la persona de Jesus y cuyos sordos oidos no habian escuchado la santísima doctrina. Y Pablo contestaba á todas estas objeciones con la victoriosa contestacion de que en él, en su persona, comenzaron verdaderamente los tiempos de la fe, los tiem-

pos de los que creian sin haber visto y escuchado sin haber oido. Exageradas las ideas por la contradiccion, dejaron de su mano los emisarios de Jerusalem al apóstol de las gentes por incurable de ánimo é inaccesible á la verdad, y volviéronse contra Pedro por sus debilidades y por sus complacencias con los gentiles. Y Pedro, movido por uno de esos movimientos de contradiccion y de duda, frecuentes en las almas dulces y en las complexiones suaves, encerróse en sí mismo, y se apartó del trato con los helenos; proceder violentísimo, el cual dió á Pablo esa ira propia de las almas fuertemente templadas y de las complexiones que necesitan el combate y la guerra. Y á la ira contestáronle á una los judaizantes con toda suerte de calumnias, y pusieronle toda suerte de mōtes para entregarle á la execracion de los fieles y al ludibrio de la posteridad. Jamás se dijo contra ningun hombre lo que dijeron ellos contra Pablo, tachándole de vano, ambicioso, sensual, grosero, apóstata, traidor, infame, cuyos calificativos no solo exaltaban al apóstol y le hacian montar en cólera, sino que dividian el seno de las Iglesias cristianas en dos partidos completamente irreconciliables.

El pensamiento es por su naturaleza verdaderamente sintético. Toda doctrina es una serie de doctrinas. Toda idea que tiende á universalizarse hállese compuesta de tésis, anti-tésis y síntesis. El cristianismo hubiera perecido, si las doctrinas de Pablo y Pedro fueran como esas líneas paralelas que no se encuentran ni siquiera en lo infinito. Precisaba que formaran, tarde ó temprano, el misterioso triángulo de la síntesis. Solamente así, podian dominar por su universalidad las conciencias; solamente así, podian recoger los dos términos antitéticos de la historia. Tres monumentos responden á esta necesidad suprema de la doctrina cristiana. Es uno de ellos el Concilio de Jerusalem donde la Iglesia reunida abre de par en par sus puertas á todas las gentes sin obligarlas á que doblen la cerviz y pasen por el vestíbulo de la Sinagoga. Es otro de ellos el acta de los apóstoles en que se muestra la tendencia de los dos rivales á confundirse en la comunidad de pensamientos. Es otro de ellos el libro titulado *Los Cerigmas de Pedro*, en cuyas páginas se confunden ya en lo porvenir las ideas de aquellas dos almas identificadas en la misma Iglesia, como en el cielo se confunden las esencias de dos flores nacidas en el mismo tallo. Los dos apóstoles han pasado á la posteridad, con